

El sujeto que se forma y el sujeto que acompaña la formación en la pedagogía ignaciana y la educación jesuita

Universidad Iberoamericana León

15 Junio 2011

Introducción

El presente documento fue trabajado por el Comité para la Promoción de la Identidad Ignaciana de la Universidad Iberoamericana León, conforme a lo acordado en el Seminario de Identidad y Pedagogía Ignaciana de los Homólogos de Educación de AUSJAL. El grueso de su contenido está tomado de los textos sugeridos en el mismo, y su objetivo es encauzar la discusión del tema con las demás sedes participantes el próximo 15 de junio.

Se trata entonces de un documento orientador y no de análisis de la realidad, por lo que se refiere principalmente a lo ideal, aunque nos hemos permitido incluir elementos que estimamos importante considerar de la situación actual en la que profesores y alumnos interactúan. Hacemos alusión también a algunas formas como hemos entendido y atendido estas directrices de la pedagogía ignaciana en aquello que hacemos (estrategias, programas, políticas), lo cual seguramente se enriquecerá en la discusión cuando las demás instituciones participantes nos compartan sus maneras propias de atender las recomendaciones que nos hace la pedagogía ignaciana.

El Alumno: el sujeto que se forma

El documento Características de la Educación de la Compañía de Jesús señala que Los jóvenes, hombres y mujeres, que estudian en un centro educativo de la Compañía no han conseguido todavía su plena madurez, por lo que el proceso educativo debe reconocer las etapas evolutivas del crecimiento intelectual, afectivo y espiritual y ayudar a cada estudiante a ir madurando gradualmente en todos estos aspectos (42).

En el caso de las universidades de AUSJAL, esta precisión resulta especialmente pertinente en la actualidad dado que nuestros alumnos y alumnas son considerados adolescentes tardíos.

La sociología ha presentado esta característica descriptiva de nuestros jóvenes como un fenómeno de retraso de los procesos de maduración y compromiso más propios del mundo adulto, aludiendo a varios factores para explicarlo. En nuestro caso, el tema importante no es tanto explicar su adolescencia tardía sino reconocer que esa es una característica fundamental para considerar en el planteamiento que les hacemos a los estudiantes.

En lugar de declararlos como adultos, tal vez tendríamos que pensar en estrategias que atiendan más su situación actual que es más cercana a una adolescencia que aún no

concluye, y, por lo tanto, sus procesos de identidad, de maduración, de compromiso, incluso de aceptación del mundo adulto, están en una etapa temprana y hay que considerar ese momento en las propuestas de compromiso ignaciano con su vida personal y con su vida profesional.

Otra característica importante es que no sólo se ha retrasado su madurez, sino que el ambiente en el que se ha realizado su crecimiento es un ambiente de crisis, descrédito y desconfianza en casi todas las instituciones. En particular en México, los estudios que se han hecho de amplia muestra (encuestas nacionales de la juventud), señalan que nuestros jóvenes hoy en día creen o dan cierto crédito a muy pocas instituciones, entre ellas afortunadamente está todavía la escuela. Entre los sujetos sociales a quienes les creen quedan todavía los profesores por encima de los sacerdotes o de los políticos, y esa es una oportunidad importante para las obras educativas porque podemos ir aprovechando esta posibilidad de confianza.

Sin embargo han vivido permanentemente en el contexto de una crisis: desde su nacimiento, el discurso de sus padres versa sobre problemas, que se requiere más dinero, que la vida es más acelerada; y ello le da también una característica especial al perfil de nuestros jóvenes, los hace tener una perspectiva de futuro más inmediatista. Ven el futuro no de largo alcance, sino con base en cuestiones con periodos de realización más cortos. En general nuestros estudiantes, al inicio por lo menos de la universidad, no tienen claro si se quieren casar, tener hijos, sus proyectos son de mucho más corto plazo que en generaciones anteriores.

La pedagogía ignaciana nos invita a respetar y partir de los saberes previos de los estudiantes, a reconocer sus experiencias vitales al sentir y experimentar el mundo; y nos recuerda que esos saberes socialmente construidos son el punto de partida de cualquier proceso de enseñanza (Granados).

Tenemos entonces que considerar que nuestros jóvenes viven una época de mayor liberación en algunos aspectos socioculturales. Por ejemplo en lo concerniente a tabúes y restricciones respecto de la sexualidad, de la misma relación con la iglesia, con la religión, que ahora es mucho más abierta. Estos jóvenes son afectivamente más estimulados, lo cual no significa que necesariamente estén más desarrollados en la afectividad o que tengan una afectividad integrada, pero sí han sido estimulados más abiertamente en su afectividad, en su sexualidad.

Hablan con mayor facilidad de muchas cuestiones de su cuerpo, de sus relaciones afectivas y tienen mayor apertura para ciertas cuestiones emergentes en nuestra sociedad como la homosexualidad, el aborto, y demás elementos que en otros tiempos ni siquiera aparecían en las conversaciones.

Los medios de comunicación tienen un papel muy importante en la construcción de los imaginarios en los jóvenes, porque ofrecen elementos que influyen en la opinión que tienen del mundo en que viven, participan en su proceso identitario y en la estimulación de sus estilos de consumo material y cultural. Su relación con los medios es un elemento fundamental a considerar en nuestras aulas.

Otro elemento importante es la manera en la que se desenvuelven ayudados por las tecnologías de la información y de la comunicación. Nuestros jóvenes están altamente estimulados por éstas, desde pequeños todo era con botones, desde muy tempranas edades se relacionan a través de las redes sociales. Establecen vínculos con otros y otras a través de estos espacios no necesariamente presenciales, lo cual configura una manera afectiva y relacional muy especial para estas generaciones que es diferente de la del mundo docente: nosotros estamos entrando, apenas vamos dando pasos inseguros cuando ellos ya se mueven con muchísima facilidad en estos ambientes ultracomunicados, hipercomunicados.

La pedagogía ignaciana nos recuerda que los estudiantes, desde la sensibilidad de su propia subjetividad, aportan al proceso educativo y a la vida universitaria la peculiaridad de sus tradiciones culturales, sus experiencias vitales, sus afectos y sus preguntas, la alegría de su juventud y la fuerza renovadora propia de su generación. La confianza en la juventud, en sus lenguajes propios, en las significaciones de sus búsquedas, en el riesgo de sus procesos de identificación, caracteriza esta pedagogía que tiende a la inclusión de la diversidad y al respeto de los diferentes lenguajes culturales propios del mundo juvenil (Granados).

Y analicemos cómo, en ciertos sentidos, el actual mundo juvenil nos complica la tarea. Libânio señala que la excelencia pretende hacer rendir al máximo las cualidades que los alumnos tienen, independientemente de su origen. Que la excelencia conjuga factores que afectan a la totalidad de la persona humana: motivación, acogida afectiva, estímulos intelectuales, formación ética y espiritual. Y que ese conjunto plasma en el joven una personalidad de valor.

En cuanto al joven de hoy, el tema de la calidad no es un tema que sea su principal bandera. Por lo general la calidad la ubican en lo pragmático, no necesariamente en el esfuerzo intelectual, en el esfuerzo de compromiso de vida con las ideas que se asumen o que se les van planteando en los distintos espacios de formación. No toda nuestra juventud es así, pero sí es un rasgo generalizado. No tenemos, por lo menos en México, movimientos de exigencia de calidad o de excelencia que permitan demandar mayor compromiso con su formación y con la universidad, antes al contrario, por lo general como profesorado vivimos un estira y afloja en términos de la exigencia y el compromiso con la calidad educativa.

También se trata de jóvenes que buscan sistemáticamente el placer y la diversión, por lo tanto les agobia muchísimo el compromiso formal y eso se refleja en la formación educativa. Así que lo que es placentero y divertido resulta por lo pronto más atractivo que algo que pueda ser más agobiante o de mayor esfuerzo, que por lo general lo van a rechazar, lo van a negociar hacia abajo en términos de calidad, hasta les llega a generar una apatía, indiferencia, sueño; desde elementos casi físicos hasta actitudes agresivas hacia nuestra solicitud de mayor esfuerzo.

Y no podemos cejar en el intento. Como nos dice el Padre Nicolás, no sólo se necesita sensibilización sino también rigor académico para que lleguen a enfocar correctamente las cuestiones sociales a lo largo de la vida profesional.

En ese escenario es muy importante considerar qué elementos o estrategias nos dan pistas para formar a nuestros estudiantes en los postulados e invitaciones que hace Ignacio a través de su pedagogía; y evaluar elementos que hemos ido viendo en nuestras prácticas, en nuestras experiencias, distinguiendo los que han funcionado y los que no.

De aquí que un elemento central sea aproximarnos al conocimiento de nuestros jóvenes. Tratar de entender su realidad, conocer su mundo, sus códigos, sus perspectivas, cómo analizan, desde dónde se paran a juzgar las cosas. Todos los procesos de investigación o de acercamiento a conocer sus perfiles y sus formas de manifestación, de interpretación y de recreación son importantes porque son insumos fundamentales para poder acercarnos con la premisa de entrar con la suya para salir con la nuestra: entrar con la suya supone que entendemos qué es lo suyo y desde ahí, hacer nuestra invitación.

Nuestras universidades ya han puesto sus procesos de investigación al servicio de este cometido, citemos por ejemplo el reciente Monitoreo de Culturas Juveniles, y los diversos eventos locales organizados para la difusión de sus resultados en nuestras comunidades. En la Ibero León contamos con experiencias valiosas como los procesos de tutoría y los observatorios estudiantiles.

Y nombramos a las tutorías porque este conocimiento va en el sentido del contexto, pero también en el del individuo. La atención personal y la preocupación por el individuo, que es un distintivo de la educación jesuítica, requiere que el profesor conozca cuanto sea posible y conveniente de la vida del alumno. Como profesores, por consiguiente, necesitamos entender el mundo del estudiante, incluyendo las formas en las que la familia, amigos, compañeros, la subcultura juvenil y sus costumbres, así como las presiones sociales, la vida escolar, la política, la economía, la religión, los medios de comunicación, el arte, la música, y otras realidades, están impactando ese mundo y afectan al estudiante para bien o para mal (Pedagogía Ignaciana. Un planteamiento práctico).

Además de conocer a nuestro estudiante, debemos centrar nuestros procesos en él. Los textos analizados insisten en que el estudiante es el principal artífice de su formación integral (Granados). El documento de las Características habla del papel de la actividad de los estudiantes en el proceso de aprendizaje: el crecimiento en madurez e independencia, necesario para el crecimiento en libertad, depende de la participación activa más que de una recepción puramente pasiva. El camino hacia esta participación activa incluye estudio personal, oportunidades para el descubrimiento y la creatividad personal y una actitud de reflexión. El cometido del profesor consiste en ayudar a cada estudiante a aprender con independencia, a asumir la responsabilidad de su propia educación (45).

Por ser la educación un proceso que dura toda la vida, la educación jesuítica intenta infundir una alegría en el aprendizaje y un deseo de aprender que permanecerá más allá de los días pasados en la escuela. Más, quizá, que la formación que les damos, vale la capacidad y el ansia de seguirse formando que sepamos infundirles. Aprender es importante, pero mucho más importante es aprender y desear seguir aprendiendo, a lo largo de toda la vida. (Características, 46).

Por otro lado en términos de sus pares, les entusiasma o les gusta mucho estar con sus coetáneos en esquemas que pueda proporcionar la institución en donde se pueda compartir la vida con mayor profundidad, distintos de lo cotidiano que tiende más a lo superficial. Cuando uno pregunta a los jóvenes ¿con cuántos amigos o amigas compartes tensiones, dilemas, dudas, cuestiones existenciales?, son muy pocos quienes tienen amigos en ese nivel, tienen muchos compañeros para tomar, para divertirse, para ir al cine, para juntarse, para reírse, para contar sus chistes, pero para compartir sus grandes dudas, sus grandes pesares, son pocos. Entonces los espacios que podemos acondicionar para que puedan compartir, ya sea desde el ámbito formativo académico o de la formación espiritual, pastoral, o social, son muy valiosos porque pueden encontrar amigos mucho más profundos, y más comprometidos, que además son condición también para formar una comunidad cristiana.

En nuestras instituciones hemos atendido este punto con diversos programas: talleres de líderes, formación de comunidades de vida cristiana (CVX), grupos de voluntariado, asociaciones de alumnos, etc. Los alumnos forman una comunidad de comprensión y apoyo mutuo, que viene reforzada por procedimientos informales y también por medio de estructuras tales como el gobierno y los consejos de estudiantes. Más aún, de acuerdo con su edad y capacidad, la participación de los estudiantes en el conjunto de la comunidad escolar es estimulada, por medio de la pertenencia a los consejos de asesoramiento y a otras comisiones de la escuela (Características, 134).

Volviendo al tema de asumir la responsabilidad de su formación, los jóvenes deberían sentirse libres para seguir el camino que les permita crecer y desarrollarse como seres humanos (Un planteamiento práctico). Granados habla de su formación en la libertad en dos sentidos:

- a) Desarrollo de la libertad responsable, que significa que la persona se haga responsable de sí misma actuando con dominio de sí frente a las diversas situaciones. Este actuar debe ser fruto de la reflexión que lo lleva a comprometerse en una acción de servicio, respeto a los demás y a toda la creación.
- b) Por ser una educación en la libertad y para la libertad, atiende con cuidado e interés individual la maduración gradual del intelecto, el afecto y el espíritu de cada estudiante; infunde una alegría en el aprendizaje y un deseo de aprender que permanecerá a lo largo de toda la vida y privilegia la participación activa ayudando a cada alumno a asumir la responsabilidad de su propia educación.

En nuestras universidades podemos promover el crecimiento en la libertad tanto en lo académico como en lo personal, y en ese sentido supone también un proceso de crecimiento de la autonomía, y también una apuesta muy importante para el tema del crecimiento de una fe más madura. El que se hagan cargo de su aprendizaje, que tomen sus decisiones, para empezar desde cómo administran su kárdex (plan de estudios), su carrera, sus tiempos; cómo se organizan y planean sus tareas, cómo eligen su servicio social o sus compromisos de desarrollo en la formación social; es importante que puedan

elegir, que puedan comprometerse y que puedan hacerse cargo de las decisiones que toman, sean correctas o equivocadas.

Entonces la libertad es una experiencia que engolosina a los jóvenes. En la medida en que se van sintiendo más libres quieren más, y ahí tenemos una enorme oportunidad. En la medida en que van viendo que al tomar una decisión se autoposeyeron, eso genera mayor interés en seguir por una línea en ese sentido, y entonces la administración curricular y la administración de sus experiencias personales, se va haciendo cada vez más suya, por lo tanto crece su identidad personal, de género, institucional y con suerte hasta su espiritualidad.

El eje de la libertad puede ser uno de los valores más importantes en el desarrollo de la autonomía que permite que la persona elija con todo su ser cómo quiere vivir, el tipo de persona que quiere ser y ahí va ya por añadidura la ética, el compromiso social, en distintos grados, en distintos momentos que van atravesando nuestros estudiantes considerando que su paso por la universidad es el último espacio importante para el desarrollo final de una autonomía que les permita estar más allá de lo que esperan la sociedad, sus padres, la iglesia, todas las instituciones, y puedan poseerse más personalmente en esta propuesta también ignaciana de encontrarse consigo mismos y encontrar a Dios en todas las cosas, porque la libertad es igualmente importante en las cuestiones que tienen que ver con la fe o con la espiritualidad, plantear que Dios se encuentra en esa autonomía.

El Padre Adolfo Nicolás nos recuerda que debemos formar los mejores para el mundo, personas capaces de enfrentarse a las necesidades profundas de la sociedad actual. Los estudiantes a lo largo de su formación, tienen que dejar entrar en sus vidas la realidad perturbadora de este mundo, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente, a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar, elegir y actuar en favor de los derechos de los demás, especialmente de los menos aventajados y de los oprimidos (Kolvenbach).

La educación de la Compañía ayuda a los estudiantes a darse cuenta de que los talentos son dones que deben desarrollarse, no para la propia satisfacción o la propia ventaja, sino más bien, con la ayuda de Dios, para el bien de la comunidad humana. Los estudiantes son estimulados a emplear sus cualidades en servicio de los demás, por amor a Dios (Características, 82).

Hay muchas propuestas de jesuitas que están trabajando en esta perspectiva y creemos que logran una formación profesional de calidad, pero al mismo tiempo encarnada en los problemas sociales.

Por otro lado en los estudios que hemos realizado sobre las creencias o la religiosidad de nuestros jóvenes, vemos que existe una enorme necesidad de Dios y de sentido de vida; pero no están dispuestos ya a manejarse a través de culpas o miedos como fueron otras generaciones en su relación con la religión.

Nuestros jóvenes no creen en los elementos que manipularon por mucho tiempo nuestra conducta en relación a las normas dictadas por la religiosidad. Requieren forzosamente de una religión, o de un esquema institucionalizado para sus creencias, que sea mucho más sustentado, mucho más argumentativo, mucho más creíble porque el miedo, la culpa, el remordimiento ya no son un móvil para estas generaciones.

Necesitamos en nuestras universidades latinoamericanas actualizar la forma en que les mostramos cómo hallar a Dios en todas las cosas. Esta premisa fundamental de la espiritualidad ignaciana planteada como contemplativos en la acción, pero desde una perspectiva muy conectada con Dios en la vida cotidiana, es parte fundamental de nuestra propuesta. Una catequesis rancia, vieja, oxidada, no entra, al contrario, hace que se vayan.

Encontrar maneras, como las han encontrado muchos jesuitas jóvenes que nos traen propuestas de orar la calle, de poder participar en movimientos de la vida cotidiana, como el acompañamiento a personas en el servicio social, o el acompañamiento más comprometido (como por ejemplo los problemas de migrantes, o de mujeres violentadas, de niños y niñas que están en situación de abandono), y en esas acciones encontrar a Dios y pensar desde ahí la psicología, la ingeniería, las ciencias económico administrativas, o cualquier otra profesión, en esa construcción de un mundo mejor.

Por último, y de forma introductoria a nuestro siguiente apartado (el profesor), agregaríamos que el mundo adulto que le resulta atractivo a nuestro joven universitario es el presentado por un adulto que está apasionado con lo que hace, ya sea desde el plano profesional, desde el personal, o desde el plano sacerdotal (los jesuitas que más atraen a los estudiantes son los más apasionados). Pero la pasión por sí sola no alcanza, hacen falta grados de congruencia con la vida personal y también que se muestren felices con los modelos de vida que han elegido: los adultos más comprometidos con la ecología, por ejemplo, entusiasman profundamente a los estudiantes cuando muestran cómo viven, qué es lo que hacen con sus automóviles, con sus casas, con la manera en que consumen las cosas. Lo mismo con la fe, los que ven que son más libres, felices, que se comprometen, que encuentran satisfacción en esquemas de alteridad, de compromiso con los otros, quienes están convencidos de que realmente se construye el Reino con los más pobres; pero que además se les ve esa plenitud en los ojos, son el tipo de propuestas y los exponentes del mundo adulto que sí les entusiasman y que dejan huella en su proceso educativo.

El profesor: el sujeto que acompaña la formación

En un centro educativo jesuítico la responsabilidad principal de la formación tanto moral como intelectual recae últimamente no en los métodos, o en cualquier actividad reglada o extraescolar, sino en el profesor, como responsable ante Dios (Kolvenbach). De aquí la importancia que la pedagogía ignaciana reconoce al sujeto que acompaña la formación.

Se trata de un mediador (Un planteamiento práctico); comprometido con sus alumnos dentro y fuera del salón de clase y con la misión educativa ignaciana de la que tiene una inteligente y profunda apreciación (Rossi). Un docente que sabe que no está aquí para

enseñar, sino para que el alumno aprenda; que logra superar la contradicción educador-educando (Granados), al grado de expresar, como lo hiciera uno de nuestros docentes, que “estamos aquí para servir, porque no es uno el que enseña sino que los alumnos son los que nos enseñan y nos enriquecen”.

Las relaciones personales con los estudiantes ayudarán a los miembros adultos de la comunidad educativa a estar abiertos al cambio, a seguir aprendiendo. Así serán más efectivos en su trabajo. Esto es especialmente importante hoy, debido al rápido cambio cultural y a la dificultad que los adultos pueden tener para comprender e interpretar correctamente las presiones culturales que afectan a los jóvenes (Características, 47) .

Si bien su selección debe ser cuidadosa, los rasgos fundamentales de un profesor de nuestras instituciones deben irse construyendo permanentemente, mediante su propio desempeño y su acumulación de experiencia y conocimientos, puestos siempre, como objetivo fundamental, al servicio de la formación y el aprendizaje de los alumnos.

El profesor aporta, junto con su calidad y madurez humana, su competencia académica, basada en su formación disciplinaria o profesional y su experiencia (Granados). Por consiguiente, y de conformidad con otra de las Características de nuestra pedagogía (48), las universidades de AUSJAL le proporcionan, en sus programas de formación permanente, espacios para trabajar por una mayor excelencia personal, académica y profesional.

En estos aspectos es diversa la problemática que nuestras instituciones enfrentan. La contratación por asignatura (o por cátedra), por ejemplo, nos dificulta la labor en el terreno del conocimiento y la identidad con nuestro proyecto; en la formación didáctica de profesionistas que tienen la experiencia laboral pero carecen de metodología para la docencia; e incrementa la rotación de personal. Otro reto es el de profesor con formación actualizada teóricamente pero poco aterrizada; o el de aquel que está lejano de las posibilidades y limitaciones de sus alumnos, entre otros.

En México, como espacios de formación de quienes acompañamos a los alumnos en su paso por la universidad están la Inducción a la institución, el Programa de Formación de Profesores, el Diplomado en Gestión para instituciones de la Compañía de Jesús, así como becas y descuentos en los programas académicos.

A este respecto L. Fernando Klein señala que inicialmente se ha de considerar la construcción de la identidad y el desarrollo de la personalidad del profesor-discernidor, que deberá impregnar de valores al proceso educativo. Éste es un trabajo constante que le toca realizar pues el ser humano es una riqueza inagotable, siempre capaz de perfeccionarse. Inspirándose en la tercera sección de las Características el educador tratará de conocerse, aceptarse y amarse a sí mismo, a identificar y desarmar los nudos y trabas de su libertad y desarrollar la conciencia crítica sobre sí mismo y sobre el mundo. Se trata por tanto de un sujeto en permanente revisión y crecimiento.

Como dice Klein, sea consciente o no de ello, el profesor impregna de valores el proceso educativo: pone en juego su experiencia personal y su esquema valoral. Debemos trabajar con él para que sea consciente de los valores que promueve. En nuestra universidad, el

acompañamiento docente, a través de la observación en el aula, ha sido una estrategia que permite que los y las docentes se percaten de aquello que proponen, de cómo reaccionan ante situaciones de conflicto, cómo se relacionan con el estudiantado, etc. Hay otras estrategias como la microenseñanza que pueden ser útiles en este sentido.

Cómo se relaciona el profesor con sus discípulos, cómo concibe el aprendizaje, cómo moviliza a sus alumnos en la búsqueda de la verdad, qué es lo que espera de ellos, la integridad e ideales del profesor - todos estos elementos tienen efectos formativos tremendos en el desarrollo del estudiante (Un planteamiento práctico).

El Padre Kolvenbach enfatiza que en el Preámbulo de la Cuarta Parte de las Constituciones coloca San Ignacio de forma clara el ejemplo personal del profesor, por delante de su ciencia o su oratoria, como un medio apostólico para ayudar al alumno a crecer en los valores positivos. Dentro de la comunidad escolar el profesor influirá decisivamente en el carácter del alumno, para bien o para mal, según el modelo que presente de sí mismo. En nuestros mismos días el Papa Pablo VI observa de manera llamativa en la *Evangelii Nuntiandi* que "*Los estudiantes de hoy no oyen con atención a los profesores sino a los testigos; y si prestan atención a los profesores es porque son testigos*".

Desde un profundo respeto por la pluralidad, nuestras universidades procuran docentes que muestren adhesión a valores como el respeto a la dignidad eminente de la persona humana, la libertad, la paz por la justicia, la distribución más equitativa de la riqueza, la igualdad jurídica efectiva y el desarrollo sostenible, eficaz y armónico de las comunidades humanas. Que estando convencidos de estos valores, los integren como factor básico en su conducta y los promuevan entre los educandos. En general, nuestras instituciones están abiertas a todo tipo de creencias, considerando que las diferencias enriquecen, siempre y cuando el docente no trabaje abiertamente en contra de los postulados y valores ignacianos. No habría cabida a quien descalifique nuestra postura y boicotee con ello nuestro proyecto. Del equipo de profesores y directivos, las Características especifican que, en cuanto sea posible, las personas escogidas para incorporarse a la comunidad educativa en un centro educativo de la Compañía deberán ser hombres y mujeres capaces de comprender la naturaleza distintiva de aquél y de contribuir a la realización de las características resultantes de la visión ignaciana (122).

Como señala Granados, la práctica docente no es neutra. En esta sociedad compleja, del conocimiento, la información, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, la globalización de la economía del "desarrollo", en esta sociedad del empobrecimiento; la práctica docente está enfrentada a una realidad que reclama posiciones críticas y creativas. El maestro como sujeto social y político está llamado a una inmersión crítica en la historia. Deberá capacitarse en los instrumentos de análisis de la realidad para poder ayudar a los alumnos a buscar y analizar las causas y las dimensiones estructurales de la injusticia (Klein).

Y aunado a su capacidad de una lectura crítica de la realidad, deberán manifestar en sus propias vidas la preocupación por los demás y el aprecio por la dignidad humana (Características), en el sentido del testimonio, el ejemplo y la congruencia de los que hemos hablado. El pensar otros mundos posibles tiene que ver con la manera como el

educador universitario, enfrente la realidad, la comprende y la propone en el aula de clase (Granados).

Desde sus primeros tiempos (Ratio de 1591) otro de los rasgos distintivos de la Pedagogía Ignaciana ha sido la atención personal y la preocupación por el individuo, donde vuelve a enfatizarse la importancia del conocimiento de los jóvenes en general y de cada alumno(a) en específico.

L. Fernando Klein describe claramente esta responsabilidad del docente, quien en su papel de orientador de la vida del alumno requiere eficacia y discernimiento para poder entender e interpretar correctamente las presiones culturales que afectan a los jóvenes, así como los rápidos cambios del mundo actual; está abierto a escucharlo e interesado en su desarrollo afectivo y moral (Características, 43). A su vez, como orientador académico el profesor ayuda al alumno a aprender con independencia y a llevar adelante su propia educación y crea las condiciones para el estudio (Klein).

Con respecto a estas condiciones, la pedagogía ignaciana hace recomendaciones específicas muy en el tono de la pedagogía contemporánea que centra su atención en el alumno. Evitando la manipulación y la indoctrinación, el profesor formulará las preguntas que amplíen la sensibilidad del alumno (Un planteamiento práctico); será paciente, asertivo e imparcial (Ratio) creando un clima de confianza y respeto, y teniendo en consideración sus condiciones particulares edad, madurez y capacidades (Granados). En su relación con el alumno favorecerá su crecimiento en el uso responsable de la libertad; lo guiará en el desarrollo de valores que conducen a decisiones que trascienden a la propia persona y se abren a la preocupación por los demás (Características, 43); traerá la realidad al aula (“Me he dado cuenta que a los alumnos les gusta mucho cuando les platicas la realidad –nos dice uno de nuestros profesores-. Yo he tratado que mis trabajos prácticos sean muy realistas... Me ha costado muchísimo trabajo traer la realidad a mi salón”).

Aplicando pues el paradigma ignaciano a la relación profesor alumno de la educación de la Compañía, la función primordial del profesor es facilitar una relación progresiva del alumno con la verdad, especialmente en las materias concretas que está estudiando, con la ayuda del profesor. El creará las condiciones, pondrá los fundamentos, proporcionará las oportunidades para que el alumno pueda llevar a cabo una continua interrelación *EXPERIENCIA, REFLEXIÓN y ACCIÓN* (Un planteamiento práctico).

Referencias

Características de la educación de la Compañía de Jesús, 1986.

Granados Ospina, Luis Fernando S.J. Aportes de la pedagogía ignaciana a la formación universitaria.

Klein, Luiz Fernando. La Formación de los Profesores a la luz de la Pedagogía Ignaciana. São Leopoldo: UNISINOS, 1998. Trad. Jorge Galecio.

Kolvenbach, Peter-Hans S.J. La pedagogía ignaciana hoy. Discurso a los participantes del grupo de trabajo sobre "LA PEDAGOGIA IGNACIANA: UN PLANTEAMIENTO PRACTICO" Villa Cavalletti, 29 abril 1993.

Kolvenbach, Peter-Hans S.J. "El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos". En La Universidad de la Compañía de Jesús a la luz del Carisma Ignaciano. México: SEUIA-ITESO, 2001

La pedagogía ignaciana. Un planteamiento práctico (1993)

Libânio, João Batista S.J. Pedagogía ignaciana y nuevos sujetos. Desafíos a la misión educativa.

Nicolás Pachón, Adolfo S.J. Misión y universidad, qué futuro queremos

Rossi, Joseph S.J., Knott, Henry. The Principles of Jesuit Education